

Ana Martín Méndez

Veinte
comedias
de amor y
una noche
desesperada

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. Marina

2. Alejo

3. Marina

4. Clara

5. Marina

6. Blanca

7. Marina

8. Amanda

9. Marina

10. Blanca

11. Marina

12. Clara

13. Marina

14. Amanda, Marina, Alejo y una casa en El Escorial

15. Calem, Alejo, Marina, Clara y un sofá cama

16. Rodrigo, Blanca, la loca con cara de loca, Marina, Alejo y una primera vez

17. La loca con cara de loca, Marina, Blanca, Sabrina, Clara, Amanda, Alejo y una goma para el pelo

18. Blanca, Rodrigo, Amanda, Marina y una casa con transgresiones

19. Blanca, Amanda, Joaquín, Clara, Marina, Alejo y «que ningún ruidoso amanecer perturbe la paz de esta tierra»
20. Alejo, Marina y una revelación
21. Blanca, Marina, la loca con cara de loca, Amanda, Joaquín y un recuerdo
22. Marina, Alejo, Patricia, Amanda, Joaquín y un electrodoméstico sin garantía
23. Marina, Blanca, Rodrigo, Alejo y un próspero año nuevo
24. Amanda, Joaquín, Sabrina, Clara, Marina, Alejo y el único espermatozoide
25. Alejo, Marina y una perceptible sensación de dolor
26. Marina, Alejo, Sabrina, Calem y un veinte elevado al infinito
27. Clara, Marina, Blanca y Marnie, la ladrona
28. Marina, Clara, Sabrina, Blanca y desesperadas sin fronteras
29. Marina, Calem, Lilly, Victoria, Alistair, Clara y un antro de perdición
30. Clara, Marina, Alistair, Blanca y un error
31. Marina, Alistair y la chica con los ojos del color del lago
32. Marina, Alistair, Lilly, Clara, Victoria y una pareja feliz
33. Marina, Blanca, Clara, Alistair y una manada de caballos salvajes
34. Clara, Marina, Blanca, Alistair y una canción de Passenger
35. Marina, Clara, Blanca, Alistair y todos aquellos a los que les gustó más lo que vieron en otro lado
36. Blanca, Marina, Clara y una visita inesperada
37. Marina, Clara, Alistair y una segunda visita
38. Joaquín, Marina, Clara y una canción de amor
39. Marina, alguien imprevisto, Alistair, una boda y una canción
40. Joaquín, Amanda, Marina, Clara Y Winnie The Pooh
41. Una cuarta visita inesperada, Marina, Lilly, Calem, Joaquín, Amanda y una proposición
42. Clara, Marina, la quinta visita y un baile sexi

43. Marina, Victoria, Clara, Alistair y su novia

44. Marina, Alistair y una aurora boreal

45. Marina, Sabrina, una boda, Alistair y una disculpa

46. Alejo, Marina, un admirador, el momento Cenicienta y un timbre que sonó

47. Marina y una última visita

Referencias a las canciones

Biografía

Nota

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

**¡Regístrate y accede a con-
tenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicacio-
nes
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Recién entrada en la treintena, Marina afronta, con un enorme sentido del humor y una visión trágico-cómica de su propia existencia, tanto sus problemas laborales como lo que ha dado en llamar su VSL: Vida Sentimental Lamentable.

Alejo, en cambio, es la encarnación del éxito profesional, aunque no del sentimental, ya que siempre ha optado por la soledad como única compañía, hasta que conoce a Marina. Junto a otros muchos personajes que te cautivarán, ambos dan vida a esta divertida comedia romántica que te emocionará y te hará reír a carcajadas y te demostrará que las mujeres sobreviven, pero, por encima de todo, viven, deciden, se equivocan, caen y siempre siguen adelante, porque «en la vida solo tienes dos minutos para lamentarte y el resto para levantarte».

*Veinte comedias de
amor y una noche
desesperada*

Ana Martín Méndez

Esencia/Planeta

*A mis hijas, por descontado,
y a mis amigas, por supuesto,
porque estuvieron en lo bueno y en lo malo,
en lo mejor y en lo peor,
y porque estarán.*

1

Marina

Si ya me lo había dicho mil veces mi madre: los hombres lo único que quieren es beber, comer, follar y que los dejen en paz, incluyendo en este último apartado que no los acribillen a balazos verbales en una suerte de verborrea intimidante e inacabable que yo era incapaz de controlar, especialmente en una primera cita.

Y el día anterior había vuelto a comprobarlo.

Fue sentarnos a la mesa, carraspear ligeramente, sonreír de medio lado, mirarnos con cara de «a ver quién empieza primero» y comenzar a disparar. Y es que nada más abrir la boca mi lengua se convertía en una ametralladora capaz de lanzar hasta trescientos proyectiles por minuto.

Así, a medida que mis palabras cogían carrerilla, notaba cómo él iba encogiéndose a la misma velocidad, cómo se echaba cada vez más hacia atrás y hacia abajo para acabar refugiado debajo de la mesa, en sentido literal.

De esta manera, y siguiendo el esquema de mi madre, mi cita no bebió, no comió, no folló y, por supuesto, no lo dejé en paz. Un nuevo fracaso total. Y llevaba catorce. Catorce en los últimos catorce días.

Yo era plenamente consciente de que tenía un problema, de forma que, salvo sustituir el carmín por un esparadrapo, lo había probado todo: psiquiatras, psicólogos, ho-

meópatas, acupuntura, aguas termales, baños de lodo, la contemplación meditativa del salto de la rana..., todo..., pero nada. Hasta había llegado a hacer terapia subacuática porque, para todo aquel que se lo pregunte, sí, también era capaz de hablar compulsivamente debajo del agua.

Los hechos, por tanto, se presentaban tozudos: cuanto más nerviosa estaba, más hablaba, y, cuanto más hablaba, más nerviosa me ponía. Esta pescadilla que se mordía la cola alcanzaba el efecto de bucle infinito cuando no conocía a la persona que tenía sentada enfrente, lo que en términos sociales significaba cita.

Lo cierto era que, de no ser por ese defecto, habría tenido bastantes posibilidades de triunfar porque, aunque esté mal que lo diga yo, era razonablemente guapa, razonablemente delgada y razonablemente alta, si bien todo era tan razonable que el conjunto final resultaba normal tirando a normal, lo cual tampoco estaba tan mal y no me habría restado probabilidades..., salvo por mi apéndice bucal. Mi verdadero problema era la boca, pero no a lo Julia Roberts —cuyos dientes parecen quintuplicar en número a los de una persona corriente y cuyo tamaño supera con creces el de la suma del resto de sus órganos faciales—, sino lo que salía de ella, llamémoslo conversación en un acto de generosidad.

No obstante, aún había algo peor: a medida que pasaban los días, esos catorce días, el resultado final de cada una de las citas empeoraba considerablemente con respecto a la anterior, porque —y creo que cualquiera estaría de acuerdo conmigo— que tu pareja acabe atrincherada debajo de la mesa, sin haber mediado palabra por su parte y sin connotaciones sexuales de por medio, resulta difícilmente superable. Y, para muestra, algunos ejemplos:

Cita 1

- Error: Confundir a la cita con el camarero.

- Certeza: ¿Alguna vez os habéis dirigido a un ejecutivo agresivo pensando que era un dependiente de El Corte Inglés? Y ¿os fijasteis en la cara de psicópata con la que no respondió a la pregunta, fuera cual fuese ésta? Pues lo mismo.
- Sugerencia para las páginas de citas: Nada de chorradas del estilo vístete de amarillo, colócate un clavel rojo en la solapa o lleva en la mano la Biblia en verso en su edición en tapa dura; que repartan chapas donde diga claramente «La cita soy yo».

Cita 3

- Error: Mencionar las quince horas que has pasado eligiendo la ropa que ibas a ponerte y describir, con todo lujo de detalles, los cientos de modelitos que has llegado a probarte, destacando que has tenido que poner la lavadora tres veces y otras tantas la secadora para que todo estuviera perfectamente limpio y sin arrugas.
- Certeza: Los integrantes del sexo masculino no distinguen entre lavadora y secadora, y empecinarse en seguir hablando del mismo tema no va a hacer que tu cita deje de roncar, menos aún que se despierte.
- Sugerencia: Los hombres sólo quieren verte desnuda, de manera que nunca se debe ir vestida como si el armario se te hubiera caído encima, o, dicho de otra manera, érase una mujer a un armario pegada, que era justo como solía ir yo, con un mínimo de cinco prendas externamente visibles, aunque estuviéramos en verano.

Cita 4

- Error: Dejar que tu cita elija el sitio para quedar.

- Certeza: El *burger* no es una buena opción. Hay que recordar siempre que los hombres-rata existen y que no están en peligro de extinción.
- Sugerencia 1: No dejarse intimidar si te obligan a revisar los cupones de descuento, si te acorralan para que elijas entre las ofertas de a un euro, si no te permiten pedir una bebida que no está incluida en la oferta.
- Sugerencia 2: Comer rápido para que la cita no arramble con tu mísera hamburguesa con la excusa de que se ha quedado con hambre, a pesar de que él se ha pedido tres extragigantes que no estaban en los cupones, dicho sea de paso.
- No aceptar como motivo para que te birlen la cena que estás «rellenita» y que tienes que cuidar tu línea. «Peso cincuenta kilos y mido 1,70», fue mi argumento en aquella ocasión. «Pues entonces, para que no engordes», fue su réplica.

Cita 7

- Error: Los hombres-monosílabo tampoco son una especie en extinción.
- Certeza: No hay ninguna manera de sonsacar a un hombre que no quiere hablar. La Inquisición hace siglos que dejó de existir, si bien mi ingente verborrea ha sido calificada en varias ocasiones como un eficaz instrumento de tortura.
- Sugerencia: Prestar atención a los indicios. Los gruñidos y los sonidos guturales son la antesala de los monosílabos y nunca son una buena señal. Y las miradas perdidas tampoco. Detrás de una mirada vacía suele haber un cerebro vacío.

Cita 9

- Error: Síndrome de *The Voice / La Voz*, o, lo que es lo mismo, los que salen huyendo en cuanto oyen la primera tanda de palabras, al igual que los *coaches* hacen girar sus sillas al oír el primer compás.
- Certeza: Desdentada no vas a conseguir pareja, ni ésta ni ninguna otra, de manera que salir corriendo detrás de ellos como alma que lleva el diablo sólo puede acabar de una manera: con tus piños en el suelo. Y lo digo por propia experiencia. Hay que recordar siempre que la experiencia es la madre de la ciencia.
- Sugerencia: Asume la situación y tu fracaso con dignidad o, lo contrario, desmáyate o finge estar sufriendo una apoplejía. A falta de compañía para la cena, que el fugado quede como un cabrón no es tan mal objetivo para un nulo fin de fiesta.

Cita 13

- Error: Contar de manera pormenorizada lo que ha ido mal en las últimas doce citas, continuando, por orden cronológico, hasta las 586 transcurridas desde la primera de ellas, allá por el año 327 antes de Cristo.
- Certeza: Lo mejor que se puede hacer con el pasado es superarlo.
- Sugerencia 1: Pensar que poniendo el ventilador a esparcir la mierda de cuando los dinosaurios poblaban la Tierra vas a conectar con la persona que tienes enfrente y conseguir que tu cita salga bien no es un acto de fe, sino de imbecilidad. Si tienes memoria para recordarlo, ten la inteligencia de remediarlo.
- Sugerencia 2: Sea lo que sea lo que salió mal en aquellas citas, la posibilidad de que vuelva a repetirse es descomunal. Lo que hay que hacer con los errores es aprender de ellos, no esparcirlos a los cuatro vientos.

Con tamaños despropósitos, a estas alturas quizá debería explicar cuál fue el motivo que me impulsó a ese frenesí social, o, lo que es lo mismo, a concentrar tantas citas en tan poco tiempo. La razón era que me pasaba todo el día escribiendo listas, tanto haciéndolas como rehaciéndolas, reduciéndolas, aumentándolas, desdoblándolas o dibujando cuadros sinópticos con ellas. Las utilizaba para cualquier propósito, ya fueran asuntos banales o trascendentales y, precisamente, por culpa de una de estas últimas me encontraba en el brete en el que me encontraba.

La primera lista existencial la escribí cuando tenía veinte años, y en ella me juraba a mí misma cosas tan típicas, habituales y poco originales como que antes de los treinta:

- Estaría casada con un marido de nombre Ito, es decir, bonito, calladito, con dinerito y que me obedeciera como un perrito, tal y como Google definía al hombre perfecto.
- Sería una mantenida, pero de lujo, con al menos una empleada doméstica a mi servicio, ya que siempre tuve claro que la casa embrutece y nadie te lo agradece.
- Tendría un niño y una niña, que mi marido se encargaría de educar y las niñeras de criar.
- Concatenaría los viajes a los lugares más paradisíacos y exóticos, porque el mundo es demasiado bonito para verlo sólo desde casa.
- Y, finalmente, sería la dueña de varias mansiones cuya estancia principal sería el vestidor, dado que una de las certezas de mi vida fue siempre la ropa como método infalible para recuperar la inversión, ya que si te hace sentir bien es porque vale más de lo que te costó. Así pues, cuanta más ropa mejor.

Sin embargo, a medida que transcurrían los meses, y los años, sin que se cumplieran mis expectativas, iba actuali-